

La arquitectura como metáfora del poder

Francisco Sabatini (1721-1797).

José Manuel Barbeito

Entre los meses de octubre y diciembre del pasado año 1993, ha podido verse en las salas de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y en las del Centro Cultural Isabel de Farnesio en Aranjuez la exposición sobre la obra del arquitecto Francisco Sabatini, patrocinada por la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid.

Una iniciativa que no deja de significar una apuesta arriesgada, en cuanto suponía entrar en las aguas revueltas de una figura históricamente controvertida. Si nunca se ha dudado del importante papel que Sabatini ocupa en el desarrollo de nuestra arquitectura, no por ello es menos cierto que su obra ha sido, con relativa frecuencia, vista desde unos juicios tópicos de cierto menosprecio, cuando no de abierto rechazo.

Inteligentemente, el comisario de la exposición, Delfín Rodríguez, ha planteado esta nueva al margen de fáciles hagiografías (recientes todavía en el recuerdo las conmemoraciones del reinado de Carlos III), con una voluntad crítica que permitiera, desde la documentación y el análisis, las bases sobre las que intentar esclarecer la verdadera dimensión del trabajo del arquitecto.

Los planos, dibujos, maquetas y objetos de mobi-

liario reunidos en ambas sedes dan cuenta de la amplitud de su labor. El deseo de Sabatini de simultanear una brillante carrera militar con las obligaciones exigidas por su posición de arquitecto de la corte le llevó a tener que ocuparse, además de en los múltiples proyectos al servicio de la monarquía, en aquellos otros derivados de la propia administración castrense. Pero no es difícil adivinar hasta qué punto a Sabatini no le pesa esta condición de ingeniero. Sabido es que la arquitectura del momento busca por ahí una escapada hacia delante en el camino de la modernidad. Y nuestro personaje sabrá hacer de ella también la vía que le lleve al encumbramiento social. Pues bien, la numerosa documentación expuesta, y por primera vez contemplada en conjunto, muestra el alcance de la actividad de Sabatini en ambas facetas, el enorme esfuerzo exigido al arquitecto como un instrumento más en la política de reformas, que quería, a marchas forzadas, recuperar en un reinado el atraso histórico del país.

Empezando por las obras reales, la relación de sus trabajos es abrumadora: los proyectos de reforma y ampliación del palacio Real Nuevo, los de sus obras exteriores, incluyendo la construcción de las nuevas caballerizas, la

ordenación de las fachadas del palacete de la Casa de Campo, la ampliación del palacio de El Pardo, duplicando el antiguo edificio de los Austrias, el aumento de Aranjuez, con las dos alas que enmarcan su fachada principal y los múltiples trabajos de decoración y mobiliario en el interior de los palacios, tanto de las piezas nuevamente construidas como de las ya existentes, permiten asegurar que a partir de Sabatini, podemos hablar de un antes y de un después en las residencias de la monarquía.

Es en estas obras de ampliación de los palacios donde el arquitecto produce los proyectos que parecen tener hoy un mayor interés disciplinar. Primero, por la asombrosa intuición con que se proponen unas soluciones verdaderamente atrevidas, y la seguridad con que decide llevarlas adelante. Después, en la capacidad que demuestra al resolver los inevitables problemas de adecuación, cuando se quiere plantear una imagen unitaria sin renunciar a la propia personalidad del edificio sobre el que se actúa (piénsese por ejemplo en la habilidad compositiva que es necesario desplegar para absorber tan sólo las cuestiones derivadas del cambio de dimensión). Y dejo para lo último el atractivo de esas plantas, cuya elaboración reconoce el esfuerzo de

buscar acomodos y compromisos con las exigencias de unos usos que, por una vez, parecen imponerse a la propia arquitectura.

Otro capítulo importantísimo en la actividad de Sabatini es el que tiene que ver con la transformación de la ciudad, tanto en los aspectos de mejora de sus infraestructuras —iluminación, alcantarillado— como en cuanto a la renovación de su imagen arquitectónica. La construcción de la Real Casa de la Aduana en la calle de Alcalá, los proyectos para el Hospital General y el Colegio de Cirugía, el del Laboratorio Químico y nuevo Jardín Botánico en el paseo del Prado, o la construcción de las dos magníficas puertas de Alcalá y de San Vicente, señalan hasta qué punto es deudora del arquitecto, la apariencia monumental del Madrid borbónico.

Menos repercusión parecen haber tenido sus proyectos religiosos, a pesar de tratarse de obras de importancia, como la reforma de San Francisco el Grande o el proyecto para el convento de San Pedro de Alcántara, en Madrid; y fuera de la corte, los diversos proyectos para la capilla Palafox en la catedral del Burgo de Osma y la iglesia y convento de San Joaquín y Santa Ana en Valladolid.

Esta ingente labor queda recogida en un amplio conjun-



to de planos, dibujos y maquetas, que el arquitecto Pedro Moleón, responsable del montaje, ha sabido disponer entre ambas salas, ordenando el material con claridad pedagógica y el espacio con sabiduría ilustrada, cosa que hay que resaltar, en el mérito que tiene, dada la torturada disposición de la sala de la Academia.

El voluminoso catálogo editado para la exposición, en el que figuran estudios de destacados especialistas, va desde luego mucho más allá de la mera descripción de la muestra. Por un lado, saca a luz los resultados de una minuciosa investigación documental, que permite situar con mayor grado de objetividad y certeza, tanto la personalidad del arquitecto como las condiciones que rodean sus obras. Esto de por sí constituye ya una aportación enormemente valiosa que nos va a quedar como fruto de la exposición y que justificaría, por sí misma, y sobradamente, el esfuerzo que su

organización haya podido suponer.

Intercalada entre tales precisiones documentales, una serie de artículos tratan de esclarecer, desde diversas angulaciones, cuál es el mérito artístico de la obra de Sabatini. Es este un terreno resbaladizo, donde no resulta fácil encontrar nuevos instrumentos críticos que ayuden a una mejor valoración de su legado arquitectónico.

La pretendida modernidad, derivada de una repetición de tipologías históricamente comprobadas, en la que se apoyaría la regularidad compositiva de sus proyectos, está demasiado teñida de un cierto conformismo metódico, que parece hablar más de monotonía que de invención, más de renuncias que de búsquedas. Y esto puede decirse así porque Sabatini no es en absoluto un arquitecto mediocre; sabe ser brillante cuando quiere, lo que hace más de lamentar esa aparente dejadez. No

volveremos a tener un arquitecto que disfrute de las posibilidades que Sabatini tuvo, con el total respaldo de un monarca empeñado en un programa arquitectónico de tal trascendencia. Sabatini estaba llamado a ser faro y guía de la arquitectura del país. Pero esa situación extraordinariamente favorable en la que se desarrolla su obra acaba volviéndose contra el propio arquitecto, que termina prisionero de las mismas circunstancias a las que debe su fortuna. ¿No reflejaba políticamente a los ojos de las clases ilustradas una evidencia del autoritarismo del soberano? ¿No era fácil deducir que una vez establecida la Academia, se habían dotado unas vías para el control de la arquitectura, que necesariamente resultarían conflictivas con una posición mantenida gracias al despotismo real? ¿No deberían ser el estudio y la aplicación quienes gobernarán el camino futuro de las artes? ¿O tendría que

seguir siendo el favor del monarca el que, encumbrando a un protegido y dándole una autoridad prácticamente ilimitada, siguiera determinando su destino?

Yo creo que en estas preguntas es en las que queda irremediadamente atrapada la carrera de Sabatini. Su obra tiene además la mala suerte histórica de tener que medirse con la de Villanueva. Unas comparaciones que son, cómo no, odiosas, y en el terreno artístico seguramente siempre injustas, pero al final inevitables. Si Sabatini fue en vida, probablemente, todo lo que Juan de Villanueva hubiera querido ser, el parangón entre la arquitectura construida por uno y otro difícilmente podría saldarse a favor del palermitano.

Sabatini, en fin ¿una figura malograda? Tal vez. En cualquier caso, un arquitecto lo bastante notable para merecer con creces todo el esfuerzo, trabajo y estudio que esta exposición le ha dedicado.